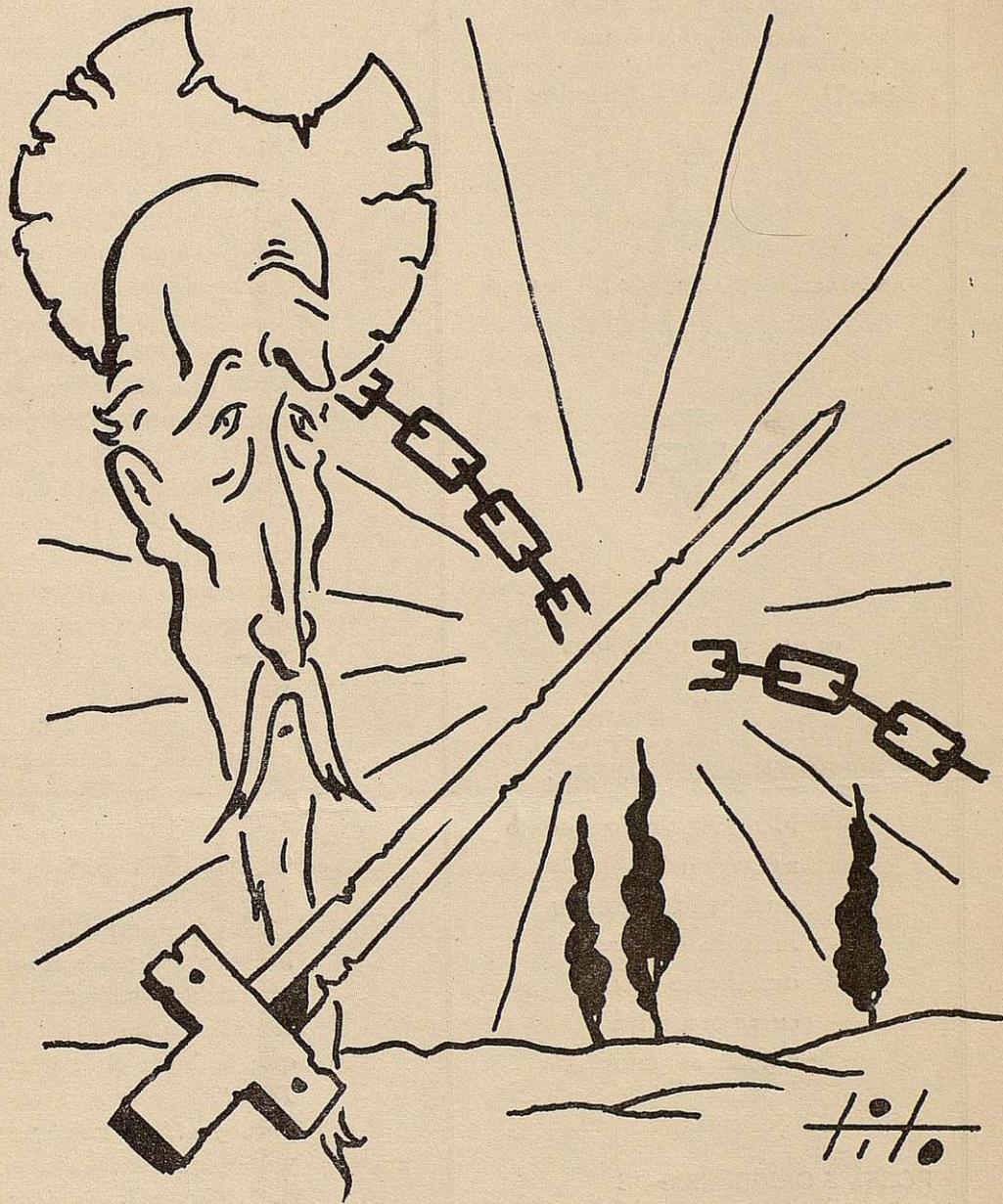


N.º 77

JULIO - DICIEMBRE - 1961



ayer y hoy

ayer y hoy

REVISTA DE ARTE Y LETRAS

Depósito legal - TO - 20 - 1958

Núm. 77 Julio - Diciembre 1961

EDITA

ASOCIACIÓN DE ARTISTAS TOLEDANOS

«ESTILO»



DIRECTOR

CLEMENTE PALENCIA

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO:

F. JIMÉNEZ DE GREGORIO
RAFAEL BRÚN
GUERRERO MALAGÓN
JESÚS SANTOS BAJO
GUILLERMO TÉLLEZ
LUIS RODRÍGUEZ
RAFAEL SANCHO

POESÍAS ORIGINALES DE

B. SANTA OLALLA.
FERNANDO CAPITAINÉ
JOSÉ MARÍA GÁLVEZ
JAVIER DEL PRADO

DIBUJAN:

ALBERTO DÍAZ HEREDERO
ENRIQUE VELOSO

IMPRIME:
R. Gómez-Menor

DIRECCIÓN:
Puerta del Sol

TOLEDO

Fernando JIMÉNEZ DE GREGORIO.—**Toledo y sus constantes;** "Biblioteca Toledo": vol. 6 (extraordinario); 156 págs. ilus. Toledo 1961.

La meritísima «Biblioteca Toledo», saca a luz una obra del Prof. Jiménez de Gregorio, cuyo título es, ya de por sí, harto sugestivo. Tratemos de glosarla brevemente, procurando eludir el fácil elogio, propicio al tópico, para fijarnos únicamente en aquellos aspectos que, a nuestro juicio, confieren a la publicación del catedrático toledano un perfil ciertamente peculiar, no manido.

Destaquemos, ante todo, su rara habilidad en mantenerse alejado de una seca y tupida erudición sin caer en los defectos de un plebeyo estilo vulgarizador; y así, aun cuando esté sólidamente asentado en rigurosos datos que su dignidad de investigador no puede silenciar, nos recrea con una prosa rica, jugosa, fluida, no común en este tipo de trabajos. Pero, además, advertimos —y esto es más importante— que su quehacer histórico no se limita a un positivo frío y quieto, sino que infunde a lo historiado el dinamismo suficiente para ayudarnos a comprender el presente y colaborar en la ardua empresa —tantas veces desgraciadamente olvidada— de elaborar acertadamente nuestro futuro; se mueve, pues, en el terreno del más puro historicismo.

Una peculiar faceta de la obra del investigador jareño constituye, sin duda, el hecho de que sus estudios no se ciñan —como suele hacerse—, al estricto peñón que aprieta el Tajo, sino que irradie su atención a la unidad territorial que le circunda, conjunto que bien podríamos calificar de médula ibérica.

La presente publicación, que su autor —bien se adivina— ha elaborado con amor y rigor en íntima coyunda, es una apretada gavilla de breves trabajos, cuya múltiple y varia temática está presidida por un entrañable humanismo, que le hace ocuparse en un mismo plano de la fabulosa *Toleitola*, y de la modesta aldea de *El Bravo*; de *Alfonso X*, y del *Judío Errante*; de la célebre *Ciudad de los Concilios* y de la que se esfumó como *Vascos*; de ruinas y de palacios; de la *Custodia de Arfe*, y de la nostalgia despertada por el aroma de un tomillo.

Pero lo que, sin disputa, ha cautivado de modo preferente nuestra atención han sido los textos consagrados a formular con carácter de sistema las «constantes»; que presenta la Ciudad en su dilatado devenir histórico; apasionante tema, en verdad, que nos complacería ver tratado con frecuencia, por quienes como el Prof. Jiménez de Gregorio, pueden hacerlo docta y autorizadamente.

En definitiva, creemos que «Toledo y sus constantes» debe ser considerada como una de las más importantes publicaciones aparecidas últimamente en la bibliografía toledana. Mas, con ser valioso el contenido, su principal mérito radica para nosotros en cuanto inquieta y abre rutas inéditas, ofreciéndonos nuevas perspectivas de trabajo y meditación.

R. SANCHO DE SAN ROMÁN

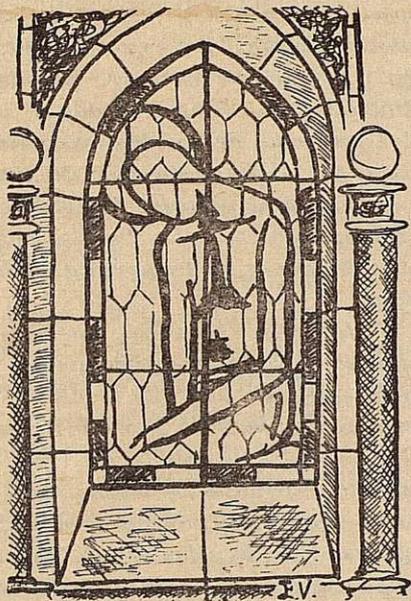
CAMINANDO

(DE LA SAGRA A GUADALUPE, PASANDO POR TALAVERA)

POR FERNANDO JIMÉNEZ DE GREGORIO

Académico de Número de la Real de Bellas
Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

De «Un viaje por Extremadura y Andalucía occidental», del autor, tomamos estas notas, de interés para nuestra provincia.



II

En el secano, las juntas abren el surco húmedo entre el encinar. A nuestra derecha, Velada, pueblo famoso por el cultivo de sandías que llegan tempranas al mercado talaverano.

Corremos por la terraza superior del Tajo, cubierta de pastizal y de trigales verdes, chozo de pastor de línea cónica, encinas con el marillento azahar. Estamos en el riñón del Campo del Arañuelo, despejado, arenoso, ganadero. Aquí tuvo su estado la casa ducal de Oropesa.

Oropesa y su castillo.—Pasando la Calzada de Oropesa a la orilla de la vía romana de Emerita a Toletum, llegamos a Oropesa, capital del estado de su nombre, edificada sobre un montículo de gneis y granito. Conserva testimonios ibero-celtas de la cultura de los verracos y lápidas romanas. Su origen se vincula a la fortaleza romana, sobre la que se van sucediendo las dominaciones hasta la construcción del castillo y palacio actuales. El caserío evoluciona hacia la carretera.

El castillo es gótico; sus torres con matacanes sobre canicillos triples. El palacio es de traza renacentista, con un patio del mismo estilo, usado como plaza de toros. Desde una de las torres albarranas, se disfruta un paisaje de llanura, con el ajedrazado de los cultivos y de las ocres barbecheras.

El topónimo Oropesa parece derivarse del prerromano Oropeda. En el caserío se advierten tres niveles: el militar, con el castillo; el eclesiástico, representado por la iglesia herreriana, sin terminar, y el civil en sus estrechas calles que reptan hacia el castillo.

Visitamos la casa-museo de doña Adela Páramo, en donde se guardan obras de arte y raras curiosidades del pasado, como lápidas romanas, una de ellas perteneciente a Caesaróbriga.

La cultura de los verracos.—De nuevo en el coche, entre encinares y tierra cereal, caminamos al Puente del Arzobispo, dejando a nuestra izquierda el Santuario de Nuestra Señora de las Peñitas, Patrona de Oropesa, en donde se conserva una lápida romana que hace referencia al antiguo poblado de Castro Comediano, identificado en la moderna Oropesa.

Toda la mañana estamos pasando un territorio esencialmente ganadero de los más remotos tiempos, como lo evidencian las toscas esculturas zoomorfas que jalonan estos campos. Es característica la despoblación, consecuencia de tres factores: paludismo, desforestación y latifundio, que se resolvieron desapareciendo por fortuna el azote palúdico, con el regadío y la intensificación de la ganadería en las zonas no afectadas por el agua.

Ahora cruzamos la dehesa de Valdepalacios y el Bercial, ambas conservan verracos de granito, la última con ejemplares únicos.

A la izquierda, la Ermita de Nuestra Señora de Bienvenida, imagen de antiquísimo culto, antes dado por los vecinos de Alcolea y hoy por los del Puente del Arzobispo, a donde acabamos de llegar.

Don Pedro Tenorio manda hacer un Puente.—Queriendo el Arzobispo de Toledo, Don Pedro Tenorio, asegurar las comunicaciones en su extensa diócesis, facilitar la repoblación y al paso al santuario de Guadalupe mandó, a finales del siglo XIV, hacer un puente sobre el Tajo, que actualmente pone en comunicación el Campo del Arañuelo con La Jara. Por su fortaleza y buena ejecución, lo creemos la obra de este tipo más importante en nuestro medievo, digna de las que se hicieron en la época romana. El grandioso puente originó el caserío al que dio franquicias Juan I. De aquí su nombre de la Villa Franca de la Puente del Arzobispo.

Visitamos un alfar, en donde se labra la famosa cerámica de esta villa de tipo rural, de gamas verdosas que la diferencian de la talaverana más cuidada y de tonos amarillos y azules.

Por La Jara.—Cruzamos el Tajo por el Puente del Arzobispo, dejando a la derecha los Molinos de Santa Catalina que semejan aceradas proas de pequeños navíos y entramos en la Comarca de La Jara, que se extiende al sur del río, hasta Los Montes de Toledo. A nuestra derecha queda la sierra de La Estrella, afecta a esa cordillera seguro indicador de la lluvia, al decir del refrán: «Cuando el cerro de La Estralla se echa la capa, no te dejes la tuya en casa». A lo lejos, la sierra de Altamira, a donde nos praponemos llegar esta noche.

Ahora vamos por una tierra levemente ondulada, rica

en testimonios arqueológicos, desde la cultura dolménica hasta la visigoda y árabe. Al cruzar el caserío blanco de Azután, recordamos el señorío de las monjas de San Clemente de Toledo.

Pasado este pueblo, construido de tapiería y adobe, caminamos por una breve llanura, en donde se explotan los lentejones de caliza superficiales, amontonados de trecho en trecho.

Por un puente moderno, salvamos los bravíos escarpes del Huso, próximo a desembocar en el Tajo. En un paisaje granítico, de indudable pintoresquismo, los avisados han visto una antigua vía romana cortada por la carretera que seguimos.

Aldeanueva de Balbarroya, topónimo originado en Val de Arroyo, se nos presenta sobre un cerro, bajando el caserío casi hasta el arroyo de Zarzuela, dominado por la masa ingente de la Iglesia de Santiago, parroquia la más antigua en esta zona el Medievo.

Del Belvis al Puerto del Rey.—Las suaves lomas y cerros cubiertos de olivar, anuncian la proximidad de Belvis de la Jara, capital de la comarca, situado en un valle abierto, en la raña, por el Tamujoso, afluente del Tajo. Con emoción llego a este pueblo, en donde nació.

Tras breve parada, ascendemos nuevamente a la raña formada por canto rodado cuartitoso, cementado con arcillas poco coherentes, materiales todos que se originan en las próximas sierras. Por su carácter deleznable, van siendo trabajados estos grandiosos depósitos por la erosión pluvial que abre y profundiza nuevos valles, rompiendo la monótona línea horizontal de las rañas, por una de las cuales corremos ahora, cubiertas por manchas de verde cereal y abundantes encinas. A nuestra derecha, la masa gris-oscuro de la sierra de La Picaza (de Urraca), Butrera (de buitres); enfrente, las sierras de la Nava de Ricomalillo, topónimo derivado de rincón malo, en donde se advierten escombreras y ruinas de antiguas minas auríferas, localizadas en las duras cuarcitas serranas.

La vegetación se enrarece, los campos de cereales se hacen más pequeños y raquíticos. Estamos en la parte más pobre de La Jara. Cruzamos los caseríos de Gargantilla, Sevilleja, levantada en la ladera de la sierra de su nombre. A toda prisa, de nuevo por planos reñeros, llegamos, pasado El Puerto del Rey, al

Pantano de Cijára.—Al salvar El Puerto del Rey, entramos en la cuenca del Guadiana, para llegar en seguida al Embalse de Cijára, cuyas proximidades se están repoblando para evitar la erosión, muy intensa aquí dado los inclinados perfiles y el deleznable material que integran estas tierras cuarcitasas.

El espectáculo del Embalse es grandioso, más ahora por las abundantes lluvias de este año singular. Sus aguas llegan a su punto máximo y la alta torre de elevación, de ochenta y cuatro metros, asoma unos cinco o seis. Allí quedan, como pardas islas, los cerros, entre ellos el de las Cuatro provincias.

Antes de construir el gigantesco muro de la presa, era éste un país escondido y poco accesible; sin puente, había que utilizar una de las dos barcas de hierro o de madera que por medio de maromas cruzaban la angostura o estrecho formado por las sierras del Azorejo y la Higuera. La presa de Cijára, construida en el lugar que señaló don Eduardo Hernández Pacheco, ha venido a cambiar totalmente el paisaje aledaño. Es la planta recta, estribos en alas, curvas de gravedad de ochenta metros de altura y 300 en la coronación, embalsa 1.670 millones de metros cúbicos y la cola se extiende a lo largo de 45 kilómetros; es un centro

de producción de energía eléctrica y obra fundamental en el curso del Guadiana, que afecta al Plan Badajoz. En un futuro próximo se convertirá en un lugar veraniego, en esta zona carente de ellos.

Por las Villuercas a Guadalupe.—Retrocedemos por una carretera que faldea por el sur de la Sierra de Altamira para tomar la que en continuo zig-zag cruza la comarca de Las Villuercas a través de la sierra del Hospital, llamada así por el que fundara para Asilo de peregrinos Pedro I.

Se advierten labores de repoblación forestal. En el áspero suelo crece el verde madroño, la jara como arbusto y matorral, dominante durante muchos kilómetros. Entre la sierra aludida y la de Palomera corre el Guadarranque, por un territorio asperísimo, monótono, triste y despoblado que forma una cubeta sinclinal. Ya, cerca de Alía, se ven campos de trigo y abundante encinar. El caserío de este pueblo extendido sobre una loma, rodeado de verdes parcelas, ofrece el espectáculo de sus blancas chimeneas y del Silo, alto, dominante. Algunas manchas de olivar y polígonos frutales completan el paisaje. A través de un campo despoblado y pobre, llegamos a La Puebla de Santa María de Guadalupe; entre cerros se destaca algún chapitel gótico del Monasterio.

Frente a la Hospedería monacal, hacemos alto en un desapacible atardecer. Rápidamente ocupamos las grandes y frías habitaciones encaladas, que recuerdan las de otro monasterio franciscano: la Casa Nova de Jerusalén.

El santuario de España.—De mañana recorreremos las pinas calles empedradas, llenas de carácter, del caserío guadalupense. Las cigüeñas sobrevuelan las góticas agujas monacales; los caños fronteros a la gran escalinata de la iglesia arrojan sin cesar las límpidas aguas serranas. Todo aparece teñido de medievalismo, en esta mañana fría y evocadora, hasta esas labores artesanas del cobre o las mujeres que llenan los pesados cántaros de ese metal en la sonora e inagotable fuente. En Guadalupe se ha parado el tiempo.

La iglesia, de un gótico tardío, luce un retablo del Renacimiento con la venerada imagen de Nuestra Señora, en áureo camarín.

Fue en la baja Edad Media y en los comienzos de la Moderna, la imagen más venerada y la más antigua de Castilla primero y después de España y sus Indias. No hay Rey, alto personaje o hecho trascendente de nuestro pasado en los referidos tiempos, que no visitase el famoso Monasterio o tuviese en él su planteamiento. Los peregrinos portugueses eran tan numerosos como los de Castilla. Los Reyes Católicos le visitaron en veintidós ocasiones; en él se bautizaron los indios que trajo Colón en su descubierta del Nuevo Mundo. Fundado por Alfonso XI y regido por la Orden Jerónima, su importancia de toda índole fue en aumento, haciéndose el Monasterio más rico de los comienzos de la Edad Moderna. Rico en obras de arte, en recuerdos históricos, en privilegios, en poder político y económico. Posee en la época dorada de La Mesta más de 45.000 cabezas de lanar.

En él están enterrados María de Aragón y su hijo Enrique IV de Castilla. Anequín Egas labra el sepulcro de los Velasco, localizados en una Capilla lateral. El conjunto de ternos rituales de los siglos XVI al XVIII es posiblemente el más rico de España.

Con la dinastía Borbón decae la importancia de nuestro Monasterio. Después fue sometido a las leyes desamortizadoras, dejándole la comunidad Jerónima. Desde entonces, hasta la custodia de los franciscanos, el Monasterio pasa por una mala época.

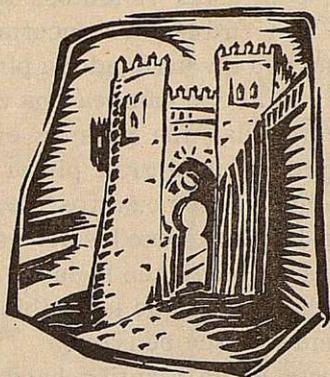
TOLEDO, GAUTIER Y EL GRECO

Por RAFAEL BRUN

De las más diversas formas, bajo los más distintos puntos de vista y con los más dispares criterios, se ha juzgado y comentado el libro de Gautier, «Viajes a España»; libro, a nuestro entender, luminoso, que abriendo al mundo las puertas de nuestra Patria irradió, proyectando al exterior, sus innumerables bellezas.

No discutiremos que en el libro son empleadas inexactitudes y hasta, si se quiere, irreverencias, pero ha de tenerse presente que Gautier fue un desenfadado escritor francés un tanto franco-tirador que en ocasiones subordinó el fondo a la forma, aunque hayamos de convenir que tuvo sinceridad y nobleza, pues en muchas ocasiones, en páginas posteriores, rectificó posturas y criterios anteriormente equivocados. A pesar de estos reparos, conceptuamos como luminoso este libro que, en literatura descriptiva, puede conceptuársele como modelo en su género. En él las diversas cambiantes de nuestro paisaje tienen descripciones de insuperable belleza, y en la de nuestros monumentos y catedrales emplea imágenes y fraseología más propia de místico exaltado que de romántico apasionado.

Sin embargo, nosotros, los toledanos, tenemos que estar un tanto quejosos de él por el poco tiempo que nos dedicó, que no le permitió captar bien el ambiente de nuestra ciudad. De haber pasado entre nosotros dos meses, o mejor un par de años, por muy seguro tenemos que habría hecho un libro extraordinario, porque una de las características más acusadas de Toledo son sus contrastes que, para precisarlos, es necesario vivir nuestra ciudad, más que unos días, unos meses y, aun mejor, unos años, pues ya nuestro Martín Gamero en su historia toledana pone en boca de Alejandro Dumas, hijo, cuando nos visitó, la expresión de que Toledo tiene motivos para gastar diez años la vida de un historiador y consumir toda la vida de un cronista.



De sus contrastes, mucho se puede decir. Aquí llega el visitante procedente de Madrid, por ferrocarril o carretera, y después de su recorrido por las llanas y feraces vegas del Jarama y del Tajo, o de las también llanas tierras sagreñas, al adentrarse en Toledo, tiene que ascender hasta escalar el macizo rocoso de su emplazamiento para divisar, por doquier, espléndidos panoramas y encontrar, junto a la hoya profunda del Tajo, los bravos montes cigarraleros de fisonomía, todo ello, fuertemente diferencial a la de los recorridos. Si, como decimos, el visitante permanece entre nosotros una temporada verá, a la llegada de la invernada, días de características norteñas, con fuertes veladuras neblinosas y, al contrario, en el verano, los encontrará de fuerte luminosidad y calor andaluces.

En temperatura se tiene, aunque pocas veces, la máxima y mínima. En sus mujeres es grande la diferenciación entre sus rubias y morenas. En el emplazamiento de su caserío vemos en algunos patios desniveles en su hondura de más de un metro en relación con la rasante callejera, y en la casa de al lado o frontera, nos encontramos con pizas escaleras de áspera peldañada hacia su primer piso. Hay varias calles sin puertas ni vecindad y otras, por el contrario, donde puertas y vecinos se juntan unas y otros. Hay casas en las que sus fachadas acusan lamentable incuria y abandono junto a otras cuidadas

y de puertas blasonadas que nos hablan de un esplendoroso ayer. Hay calles estrechísima con doble fila de aceras que se juntan, y otras, más amplias, que no las tienen. Las hay en las que sus rasantes se encuentran interferidas por esquinas de otras quebrando su armonía con sus anárquicos salientes. En esta ciudad, más que atrayente y sugestiva, fascinante y embriagadora, narcotizante si se quiere, se dan todos los motivos del caminar admirativo yendo de sorpresa en sorpresa. Su asentamiento en un montículo rocoso le ha dado irregularidad a sus calles que ellas mismas parecen buscar ensanchándose o yugulándose arbitrariamente, serpenteando unas, zizagueando otras. Los muros y paredes de sus casas no respetan, en muchos casos, las normas de la gravedad y de la plomada; en fin, son tantos y tan diversos sus contrastes, que es fácil encontrar frente a lo vertical, lo inclinado; frente a lo firme, lo desmoronable; frente a lo seguro, lo problemático; frente a la norma, el capricho. Diríase que en Toledo ésto es vocacional, y así en cuanto queda un espacio medianamente anchuroso, pronto surge la edificación que lo merma; parece como si su consigna fuera el tener permanentemente estrechura en sus calles.

Aun así y todo, y a pesar del poco tiempo que Gautier nos dedicara, es incuestionable que por Toledo hizo mucho, porque hace por un siglo y cuarto fue de los primeros que centró su atención en el Greco; primero en Burgos, luego aquí. Al examinar en Burgos el Cristo en la Cruz de Domenico, dice: «pintor extravagante y singular, cuyos cuadros podrían tomarse por bocetos del Ticiano si cierta afectación de las formas alargadas y mal concluidas no lo hicieran reconocer en seguida. Para dar a su pintura la apariencia de una gran valentía de toque, lanza aquí y allá pinceladas de una petulancia y de una brutalidad increíbles, luces finas y aceradas

que atraviesan las sombras como hojas de espada; todo esto no quita para que el Greco sea un gran pintor. Al parecer, la preocupación de no asemejarse al Ticiano, del cual dicen que fue discípulo, le trastornó el cerebro y lo lanzó a las extravagancias y caprichos que le impidieron, en muchas obras, lucir las prodigiosas facultades que recibiera de la Naturaleza».

Y en Toledo, al hablar sólo de dos cuadros del cretense existentes en el Hospital de Afuera, dice: «pintor extravagante y extraño que es apenas conocido fuera de España. Su locura, como es sabido, consistía en el temor de pasar por imitador del Ticiano, del que había sido discípulo; esta preocupación le llevó a los extremos y caprichos más barrocos. Uno de sus cuadros, el que representa la Sagrada Familia, debió de hacer muy desgraciado al pobre Greco, pues a primera vista se le tomaría por un verdadero Ticiano. La cálida tonalidad del colorido, la vivez de las tintas de las telas, ese hermoso reflejo de ambar amarillo que calienta hasta los matices más frescos del pintor veneciano, todo contribuye a engañar la vista más experta; solamente la pincelada es menos amplia y menos compacta. La escasa razón que le quedaba al Greco, debió de zozobrar en el sombrío océano de la locura después de acabar esta obra maestra; hoy

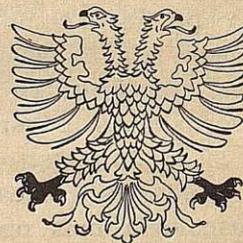
no hay muchos pintores capaces de volverse locos por tales causas.

El otro cuadro, cuyo asunto es el bautismo de Cristo, pertenece por completo a la segunda manera del Greco; hay en él abuso de blanco y negro, contrastes violentos, tintes raros, actitudes desconcertadas, pliegues rotos y arrugados a placer; pero en todo ello campea una energía depravada, una pujanza enfermiza que delata al gran pintor y al loco genial. Pocos cuadros me han interesado tanto como los del Greco, pues los peores tienen siempre algo inesperado y fuera de lo posible que sorprende y hace pensar».

Y esto decía Gautier hace por siglo y cuarto, como decimos, desde cuya fecha a la de hoy se han emborronado muchas cuartillas con la presunción de interpretar la manera de concebir y hacer del gran pintor candiota que, actualmente, parece estar centrada en la teoría de su misticismo ascensional que el Dr. Marañón en su libro «El Greco y Toledo», resume dando por cancelado cuanto de enigmas, claroscuros y sombreados se han querido encontrar en su producción, y aun cuando consideramos que sobre cuya definitiva tendencia todavía habrá disonancias, es lo cierto que el Greco, con su manera de pintar, creó una de las personalidades más fuertes, vigorosas y acusadas del pincel hasta el extremo de que un

simple aficionado distingue a distancia los cuadros del inmortal pintor o los de su escuela.

Y esta fue una de las primeras voces de resonancia universal que tuvo eco en el lírico Barrés, y después vinieron nuestros escritores del 98, Azorín, Baroja y Pérez de Ayala, entre otros, y aquella floración de pintores novecentistas, Fortuny, Rusiñol, Beruete y Zuloaga, y Cossío con su exhaustiva obra, y Paco San Román, experto husmeador de viejos papeles entre los que encontró interesantes datos e información de la vida del cretense, y el inteligentísimo, tan valiente como decidido chamarilero, Don Benigno de la Vega Inclán, un tanto olvidado por nosotros y, por fin, el insigne Marañón, el más apasionado de los grequistas, que en su libro antes citado, con su agudo mirar, señala la feliz conjunción de circunstancias propiciatorias que hubieron de darse para que en Toledo, y precisamente en Toledo, el genial candiota proliferase para después ser conocido en el mundo por el Greco toledano.



MENSAJE DE NAVIDAD

Los relojes se han parado para dar paso a las horas que van cargadas de sombras. ¡Campanas de campanario de mi parroquia dormida! ¿Qué hacéis que no despertáis? ¿Qué hacéis? No lanzáis vuestros badajos en los círculos de bronce. ¡Qué hacéis que vuestro tan-tan... tan-tan... no extiende por las cimas, y que el viento lo arrastre por encima de las aldeas, por encima de las montañas, y se pierda por encima de los mares... También corre el eco acompasado de unas voces juveniles. Son los dulces villancicos, que saliendo de rincones hogareños, se evaporan como incienso esfumados... Van en pos de las estrellas que son reinas de la noche, y... allá lejos, en el fin de los espacios, donde todos se reúnen —ha llegado un gran mensaje—. Ese mensaje es para todos, y por lo tanto, todos lo entienden... Grandes estremecimientos de cuerpos, de sedas, de alas... Asombro. Todos se miran al rostro. Hay rumores de palmera... Después... Una de ellas, la más ángel, se levanta erguida, es la que coge el mensaje y se lanza por el mundo, con un resplandor tan grande, que ilumina los desiertos, los campos, los montes, el mar, las ciudades...

Da el mensaje a unos reyes de camellos fantasmales. Da a los pobres... Da a los ricos... Da a unos sencillos zagales que despiertan la majada dando voces, dando gritos

al apriseo donde duermen las ovejas y los viejos mayorales. Y esos sencillos pastores que han visto pasar tan cerca aquella luz tan gigante, que ellos no saben decir de fijo si es de una estrella o es de un ángel. Pero se entiende en sus gritos: «Ha nacido el niño Dios, en un portal miserable...»

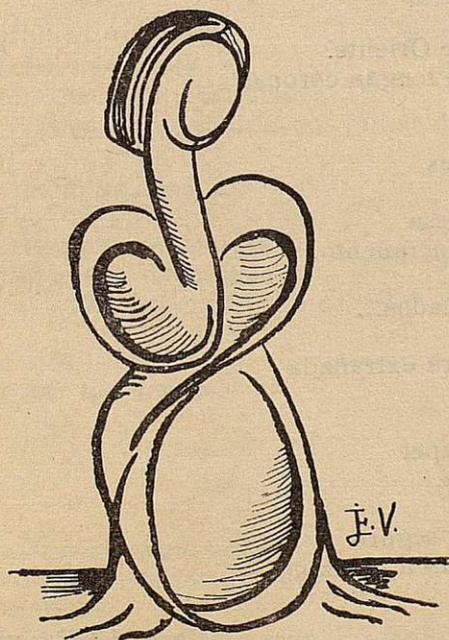
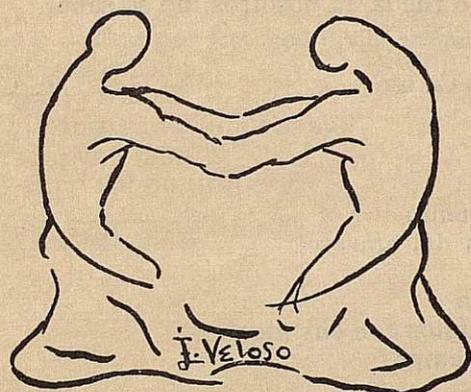
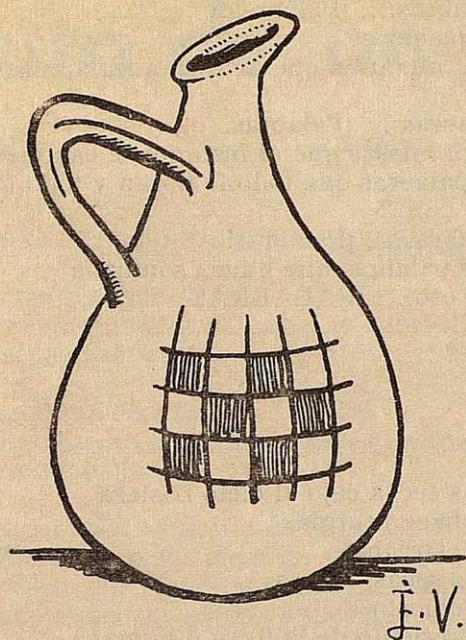
Hombres, mujeres y niños, corren todos a adorarlo. ¡Sí, saltan, corren, por esos senderos de las anchas llanuras y por los retorcidos valles! ¡Correr todos! Todos con antorchas encendidas, detrás de la luz gigante. ¡Que todos los caminos van a Belén! Aquel Belén que allí duerme, sin saber que en el regazo de sus frías murallas ha nacido la luz del Mundo. De ese mundo de tinieblas que se ha hecho realidad. La noche se ha hecho día, y el día se ha hecho luz... y el gran amor de los amores se ha extendido por los aires, a los vientos, hasta cruzar la más alta de las nubes...

Mientras, en la tierra se sienten esos bellos villancicos que al calor de los sencillos hogares cantan altas voces, voces bajas, voces de todas las edades...

Un aire de madrugada ha hecho estremecer a todas las almas de la baja tierra, donde todavía quedan hombres de buena voluntad.

GUERRERO MALAGON

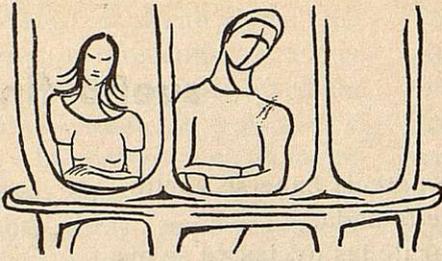
sueño fingido



El sonido parecía haberse vuelto
al seno de la nada.
Ni el balar de las ovejas ya se oía,
ni el volver de los gañanes a las cuadras,
ni el hablar de los vecinos en sus puertas,
ni el rondar de los zagales las ventanas.
Parecía que al imperio de los seres
sucedió... el imperio de la nada.
Yo, que bajo un árbol de un hermoso huerto
el cielo contemplaba,
sentía dulcemente,
cual se siente en los momentos de la infancia,
que mis ojos oprimidos por el sueño,
y mis labios elevando una plegaria
al trono de la Virgen,
cerrados se quedaban.
Y tanta era la dicha
que la vista de los mundos me causaba
que, a poco de sentarme,
y no habiendo terminado la plegaria,
mi sueño era profundo,
mi espíritu soñaba.
¡Qué extraño era mi sueño!
¡Qué escenas contemplaba!
Con asombro que en terror se convertía,
con el pasmo de la cosa inusitada
vi a la luna que seguida de ocho estrellas
las regiones de lo inmenso abandonaba,
y entre notas de una música muy dulce
a la Tierra velozmente se acercaba.
El choque de diez mundos
y el rodar por los espacios esperaba,
mas... todos de repente
detienen en su marcha,
y en vez de nueve mundos
contemplo nueve damas.
Entonces una de ellas,
la que era la más guapa,
dirigiéndose hasta cerca de mi lecho,
me da un beso en la cara,
y con voz que de mortal nada tenía
me dice estas palabras:
La reina soy del cielo,
María Inmaculada.
Llegada que es la noche
me traslado aquí a la tierra con mis damas,
visito a los que duermen,
y a todo el que rezaba,
al tiempo de dormirse,
las palabras con que el Angel me llamara
le premio con un beso,
y al Angel de su guarda
le mando que le vele
debajo de sus alas.

B. SANTA-OLALLA

Palabras



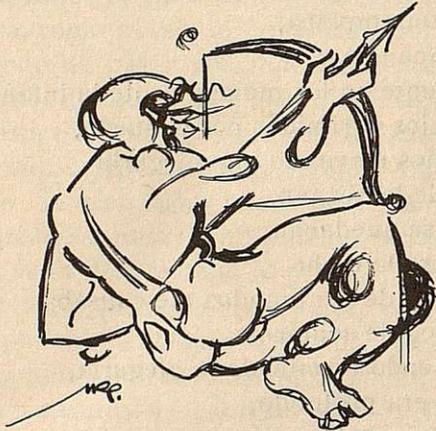
Palabras..., palabras...: ¡Palabras!
¿Qué dicen las palabras?
Mentiras, ruines mentiras que disfrazan las almas.

Palabras..., palabras...: ¡Palabras!
Que hablan de promesas que al instante se esfuman...,
Vanias y vanias palabras que todo lo doran y todo lo nublan.

Palabras..., palabras...: ¡Palabras!
Huecas y vacias palabras que nunca son nada
Porque son sólo eso...: ¡PALABRAS!

LUZ Y SOMBRAS, 1959

Rueda



Ruedan las hojas secas bajo el cielo tristeza
Y la entraña se hace liturgia
Y el corazón se estrecha...
Ruedan las hojas secas,
Dejando al descubierto
El esqueleto hambriento de la ilusión humana,
Y con esas hojas
Algo rueda muy dentro
Sin ningún estrépito.
(Rota la maquinaria
Duerme en la caja mágica
La música de hadas...)
Ruedan las hojas secas, sí,
Y con ellas, todo rueda en nosotros, no se sabe...

VISIONES DE CASTILLA, 1960

F. CAPITAINÉ

A un Nacimiento de papel hecho en casa

Pequeño Nacimiento
formado al calor del brasero!

La tijera da vida
y va lamiendo siglos con sus filos
hasta llegar al tiempo
del Mesías.

Y surge en cuatro trazos el Rey Mago,
la mula en papel negro...
¿Y el Niño?
—El Niño me da miedo dibujarlo—...

Sólo tiene un establo sin techo
la Sagrada Familia.

¿Y los Magos de Oriente?
las coronas; que tengan coronas
doradas,
y sus mantos
colores diferentes.

Encima de la mesa
tenemos ya el Nacimiento.

Le cantamos tonadas...
y mi niña chica
nos mira con cara extrañada
y sonríe.

El Niño-Dios, papel
sobre unas pajas,
toma forma real
y bendice, estoy seguro
la familia que busca la paz.



JOSÉ M.^a GÁLVEZ PRIETO

Gruta de un Amor Desesperado

A Isabel y Gloria

I

—¡Cómo vuelan por tus ojos las palomas!..

—¡Soltad las palomas,
que coman mis ojos de cristal y vuelen!
¡Soltad las palomas!

¡Romped la vidriera
para que huyan del vitril, donde se ahogan!
¡Soltad las palomas!

Que vayan por el cristal de la mañana
dibujándolo con sus picos de grana.
Que vayan por el cristal del verde estanque
hiriéndolo con sus picos de sangre.

—¡Cómo vuelan!..
—Soltad las palomas,
soltad las palomas
y en la roca del atardecer
harán sus nidos de amor y de hambre

¡Soltad las palomas!

—¡Cómo vuelan por tus ojos las palomas
con sus alas rotas!..
Mas ningún sollozo
pudo violar el cristal de tus ojos.
¿No podrá una boca
violiar el cristal de tus ojos?

¡Soltad las palomas!

II

Una sonrisa remota
erguía, flecha, su tallo
sobre el lago de una boca...
Vibraba como una cuerda
de viola.

III

Por tus ojos —cristales—
he de robar las flores
del cerezo nacido de tu vientre
que envía por tus miembros sus ramas de cobre.

¡Cómo tiemblan sus flores!
—¡Ay! —
¡Cómo tiemblan sus flores
cuando el aura —sonrisa—
va entre sus flores!

Por tus ojos —cristales—
he de robar tus flores.

IV

Agua estancada (una voz)
¿Quién echó tantos ojos verdes
en el estanque?
¿Quién de amarga mirada —¡ay!— tanta sangre?

—¡Estanque ojo infinito
de un corazón podrido!—

¿Quién echó en vez de peces
tus alacranes?
¿Quién echó esas raíces
con disfraz de algas verdes?

¡Si las aguas me llaman
no iré a ese estanque!
¡No iré a ese estanque!
¡No iré a ese estanqueee!
Pues me hechiza su verde
mirar de sangre.

V.-Sollozo

¿De qué me sirven mis peces?
—flechas de mi agua verde—.

¿De qué me sirve mi acacia?
—nieve de mi agua amarga—.

¿Y de qué me sirve mi agua
amarga, amarga, amarga?

¿Mis pestañas de mimbre?..

VI.-Lirio de cristal

Un puñado de arena,
un puñado de sal,
una lágrima de árbol cristalizada;
¡un lirio de cristal!

Llora, llora, requetellora:
el lirio no abrirá
sus pétalos
de arena y sal.

Llora, llora, requetellora:
en el lirio se pudrirán
sus pistilos y estambres
—lágrimas de arrayán—.

Llora, llora, requetellora:
por el lirio empieza a cantar
néctar rubio y estéril...
—¡ay, lirio de cristal!—

VII

No podrán las palomas...
(Mi amor no podrá)
No podrán las aguas...
(Mi amor no podrá)
Mi lirio...

JAVIER DEL PRADO

Agosto 1960

DON QUIJOTE Y LOS GALEOTES

A Fermín Jiménez, gran quijotista

Cuando Don Quijote y Sancho se encontraron frente a frente con la cadena de galeotes —hombres forzados del rey y privados de libertad—, quiso Don Quijote conocer con detalle los delitos que habían motivado tan triste situación. Autorizado por los guardias, licencia —que como puntualiza Cervantes— él se tomara aunque no se la dieran, fue preguntando, uno a uno, la causa de su desgracia.

Don Quijote les escucha atentamente (Don Quijote, hombre elocuente, sabe muy bien escuchar) y saca conclusiones como si, desconfiando de la justicia de los hombres, quisiera revisar la sentencia.

Indudablemente nada perdió la Justicia (la Justicia trascendente y humana por encima de códigos y de leyes) con la libertad otorgada en este caso por Don Quijote. Es más, creemos que ganó. Cuando el castigo supera a la culpa, se convierte en algo odioso, ineficaz y contraproducente. Exterminando las cosas, es preferible la impunidad total al castigo cruel y desproporcionado.

Al leer —hace ya años— el magnífico ensayo de Marañón «La Vida en las Galeas», quisimos comprender entonces la profunda razón de Don Quijote al poner en libertad a los galeotes. Hasta sentíamos deseos de trasladarnos a la escena y ayudar allí al esforzado caballero.

Sin embargo, no fue la crueldad de la vida en galeras lo que motivó tan singular hazaña. Don Quijote, como buen introvertido, no estaba al corriente de algunos hechos de su tiempo. El ignoraba lo que era vivir y remar en galeras. Para él, el galeote, era un hombre remunerado, contratado libremente y respetado en su oficio. Al decirle Sancho —«Esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va a las galeras», Don Quijote, extrañadísimo, preguntó: —«¿Cómo gente forzada!; ¿es posible que el rey haga fuerza a ninguna gente?» Y más adelante, cuando solicita para ellos la libertad, agrega: —«que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones». Respecto al suplicio del condenado en galeras, la ignorancia de nuestro caballero es manifiesta. Refiriéndose a Ginés de Pasamonte, exclama: —«¿Qué delitos puede tener si no ha merecido más pena que echarle a galeras?» Tuvo que hacer el guardia la oportuna aclaración: —«Va por diez años, que es tanto como muerte civil».

Angel Ganivet, en su «Idearium Español», escribía: «Las razones que dá Don Quijote para libertar a los condenados a galeras son un compendio de las que alimentan la rebelión del espíritu español contra la justicia positiva. Hay, sí, que luchar porque la justicia impere en el mundo; pero no hay derecho estricto a castigar a un culpable mientras otros se escapan por las rendijas de la ley; que al fin la impunidad general se conforma con aspiraciones nobles, en tanto que el castigo a los unos y la impunidad de los otros son un escarnio a los principios de justicia».

Tampoco creemos fuera éste el motivo principal de tan generosa aventura. Efectivamente, en líneas generales, asiste la razón a Ganivet; pero entonces, y como escribía Unamuno a este propósito: «¿con qué razón y derecho castigaba él, Don Quijote, sabiendo que escaparían los más del rigor de su brazo?»

Recuerdo en la niñez la horrible sensación, inexpressable, que me producía pensar en los clásicos castigos del «cuarto oscuro». Afortunadamente nunca entré en él; para mí eran mil veces preferibles los azotes. En aquellos años, tardé mucho en acoplar, serenamente en la imaginación, la existencia de cárceles. Era una idea atosigante, obsesiva.

¿Por qué a los hombres no se les castigaba también físicamente, flagelándoles? ¿No se evitaría así un castigo frío y prolongado como consecuencia de un delito que se va alejando con el tiempo, desactualizándose poco a poco, en tanto que el castigo permanece inalterable? Claro está que se trataba de pensamientos infantiles, en una edad en que no podía captarse ni las posibilidades reeducativas de los reformatorios, ni el alto concepto de la dignidad humana incompatible con golpes y palos.

Cuando ya adulto leí en Unamuno los siguientes comentarios, no pude por menos que recordar aquellos pensamientos de la infancia: «Don Quijote —escribe Unamuno— castigaba, es cierto, pero castigaba como castigan Dios y la naturaleza, inmediatamente, cual en naturalísima consecuencia del pecado. Su justicia era rápida y ejecutiva; sentencia y castigo eran para él una misma cosa; y conseguido enderezar el entuerto, no se ensañaba con el culpable. Y a nadie intentó esclavizar nunca. Bien habría estado a cada uno de aquellos galeotes se les hubiera dado una tanda de palos, pero... ¿llevarlos a galeras? Parece duro caso —como dijo el caballero— hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres».

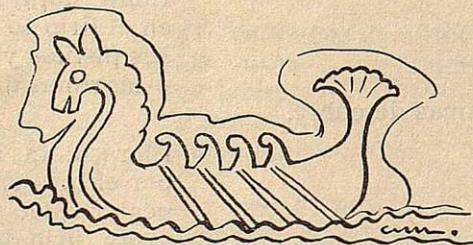
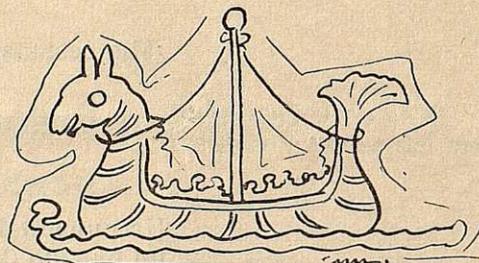
Don Quijote, ante la esclavitud, debía experimentar una verdadera hiperestesia. La imagen de aquellos hombres «ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro», le sería insoportable, desazonante. ¿El hombre, ser libre por naturaleza, encadenado por los hombres?! Esta hiperestesia por la libertad superaría, incluso, a los mismos ideales de justicia, tan firmes, por otro lado, en el caballero. Ante aquella visión dantesca Don Quijote ni quiere ni puede juzgar; sólo le incumbe cumplir con su oficio generoso de libertador. Por eso, cuando Sancho intenta explicar «...son gente que por sus delitos va condenada», Don Quijote contesta decidido: —«En resolución, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza y no de su voluntad. De esa

manera aquí encaja la ejecución de mi oficio, desfacer fuerzas, y socorrer y acudir a los miserables».

El primer impulso —como vemos— es libertar, lanza en ristre, a los desgraciados sin entrar en materia de juicio. Después, cede a sus principios de corrección ética, intentando solucionar la situación por medios pacíficos y corteses. Por eso, se aproxima y entabla diálogo. El diálogo se extiende a los condenados, pues en nuestra opinión, nada tiene de interrogatorio jurídico con ánimo de justipreciar acciones y delitos; muy por el contrario, parece más bien un cambio de impresiones consolador y alentador, sin pretensiones de superioridad —jerárquica, moral o social— por parte de Don Quijote. Aquellos infelices, tratados como alimañas encadenadas, son elevados, por la palabra del caballero en aquel diálogo, al plano de dignidad

humana que les corresponde, dignidad de orden natural —la más noble y auténtica de las dignidades— independiente de las virtudes o pecados personales que puedan existir: «Dios hay en el cielo —dice Don Quijote— que no se descuida de premiar al bueno ni de castigar al malo».

Todo el capítulo es una bella lección de valor (valor cívico y social hasta lo heroico), de generosidad, de liberalidad, de cortesía y, también, de audacia y arrojo cuando estas cualidades se hacen precisas. ¡Así quisiéramos ser nosotros ante los eternos galeotes —que nunca faltan— de la gran galera del mundo!



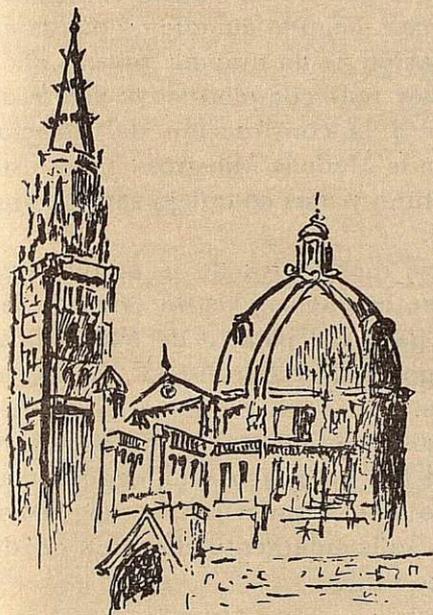
Jesús SANTOS

El Gótico en Toledo

Por GUILLERMO TÉLLEZ

En otras ocasiones hemos comentado que había varias preocupaciones en Toledo que distraían de la obra auténtica, y creyendo que se hablaba de arte se estaba en fuga de él. En este artículo queremos empezar una revisión de ciertas frases que ya dentro

de la valoración estética o por lo menos de la apreciación artística, enfocan mal el problema del arte toledano. Una de ellas es: en Toledo, si se prescinde de la catedral, no entra el gótico. Suponemos que se refiere sólo a la arquitectura, ya que dicho de todas las artes, con sólo destacar la ingente custodia procesional de Arfe y



el Retablo Mayor, basta para ver que la frase es atrevida e injusta.

Recordemos que la palabra estilo es un concepto que no se limita a las artes de la construcción, sino que abarca a la totalidad del arte. En primer lugar diremos que el gótico tiene tres grandes monumentos en Toledo, que corresponde a las tres grandes posibilidades que da a la arquitectura la vida religiosa, a saber:

Una catedral que en realidad es asombroso conjunto de edificios góticos.

Una gran iglesia conventual masculina, San Juan de los Reyes, admirable.

Y una cabecera de iglesia parroquial, San Andrés, bien interesante.

Con esto vemos que el ataque del gótico a Toledo no es ineficaz, sino que comprueba que la gran escuela de canteros góticos que trabajan en la Primada, irradian en la ciudad con eficacia hasta entrado el dieciseis.

Dejemos de hablar de la catedral en donde el gótico es indudable.

En San Juan de los Reyes, tampoco se duda su eficacia, pero se olvida que tiene tres construcciones, la propia iglesia, el claustro y el refectorio que se cubre también con crucería.

Las bóvedas del claustro tiene como nota especial el que no centran, dejando en el centro en un cuadrado,

al modo mudéjar, particularidad que no hemos visto más que en el convento de San Vicente, de Oviedo.

Como no vamos a entrar en detalles, recordemos que Santo Domingo el Real tiene otro claustro gótico que con el de la catedral y el de San Juan de los Reyes nos dan el número de tres en esta ciudad.

La cabecera de San Andrés es una solución de iglesia toledana que está lejos de ser escasa, pues pudiéramos decir que hace estilo en la iglesia popular toledana que completa una planta, bien basilical, mezquita o sinagoga que de sí no tiene lugar de gran prestigio para el altar mayor, con una cabecera digna y de la época.

Esta solución la recordamos en las siguientes iglesias: Santo Tomé, que admite bello crucero de franca solución gótica en la cubierta y bastante mudéjarismo al aceptar la pared casi cerrada en vez de las columnas que permitirían amplio ventanaje, lo que va creando una modalidad propia de gótico al que queremos llamar gótico mudéjar popular toledano.

Santa Isabel, en que la cabecera gótica aparece con poco fondo, pero pura de nervaduras, ya del siglo XVI, y que debió tener antecedente en la iglesia de gran nave arruinada que hace hoy atrio a la actual de la Concepción y que casi nadie aprecia.

La de Santa Cruz, tiene una cabecera bien interesante (quizá de la época de Covarrubias) y que debe ser poco anterior al retablo. Es muy pura dentro de lo toledano, con su gran bóveda gótica y pared lisa con pequeño ventanaje análogo al de la iglesia de San Clemente y al del refectorio de San Juan de los Reyes.

En capillas autónomas se cubre el techo con crucería en San Felipe Neri, en la plaza de los Postes. Sigue el estilo del gótico del dieciseis de nervaduras muy enlazadas por curvas y contracurvas.

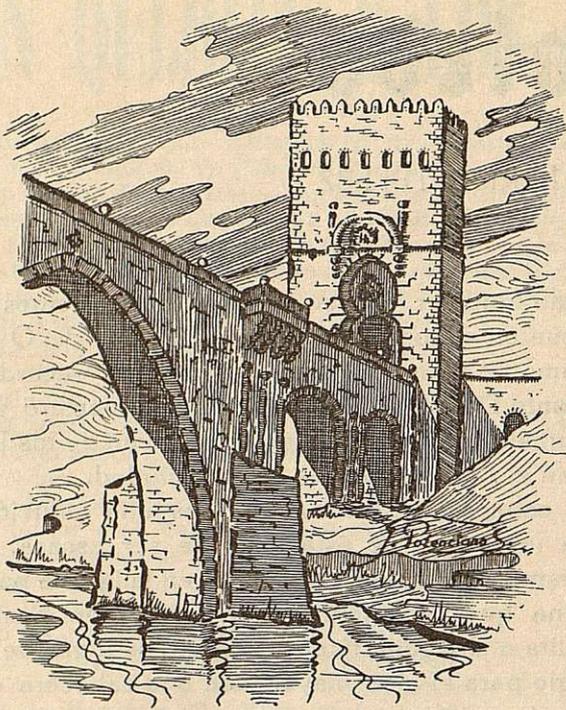
Dependencias góticas tiene San Pedro Mártir en el ámbito que hoy hace de sacristía.

Y con crucería se cubre la cripta de Santa Leocadia que ocupa el lugar donde estuvo la casa de la Santa.

En el gótico más mudéjar, ya en ladrillo, se edifica la capilla de Belén de las Antiguas Comendadoras de Santiago; estructuración que afecta a la totalidad del edificio y no a la cabecera.

Capillas.—Creemos que todas las capillas que se hacen en esta época son de bóveda gótica a imitación de la catedral, tales como las de San Justo y San Bartolomé, en general en el lado interior, ya que enrasa con las naves el exterior.

La iglesia toledana, al tomar cabeceras góticas, sigue una ley general de hacerlo en el estilo de la época. Las que se construyen en la época románica, lo hacen en ábside de medio punto. Las que se quedan



sin completar, lo hacen en plateresco unas como San Román y Santa María la Blanca, o en barroco, como Santa Leocadia y San Nicolás de Bari, la menos estudiable ésta.

Gótico militar.—Mudejariza bastante más que el religioso. El contacto mayor es en las puertas que aceptan los matacanes; un hueco en las puertas que le convierte en otro amplio matacán; las puertas cerrando en contra del campo y en contra de la ciudad; la poterna que permite el acceso a los pisos desde el suelo del pasadizo de la puerta, convertida en un

castillete que se defiende solo, y el rastrillo con un torno para elevarle y dejarle caer rápidamente en caso de urgencia. El ejemplar más puro; aunque hoy mutilado, es el torreón exterior de San Martín; la más decorada, la del Sol. Y la más compleja, por la interposición del arco árabe y el revestimiento renacentista, es la parte interior de Bisagra de largo túnel; también tienen esta estructura el torreón interior del puente de Alcántara y Bisagra baja (Alfonso VI).

El gótico militar está representado también en el Castillo de San Servando, bastante mudejar en la edificación.

Gótico civil.—La arquitectura civil toledana es en la que menos influye lo gótico. No obstante, algunas portadas toman el arco apuntado aunque no queda en hueco, por la aceptación de un tímpano poco o nada decorado. El ejemplar más completo es la puerta de Fuensalida, anterior a la construcción del palacio. El edificio contiguo a la Medalla Milagrosa tiene este estilo y, acaso, el último y más complejo sea la entrada de la Hermandad.

La nota decorativa más gótica de la arquitectura civil toledana, me parece que son las tracerías de las ventanas que dan al patio del palacio de Fuensalida, que recuerdan lo segoviano de Enrique IV, acaso por influjo de Juan Guas.

Con esto acabamos estas notas que no agotan ni mucho menos lo que hay de gótico, en Toledo, a más de la catedral, pero que demuestran, a mi juicio, cómo Toledo aceptó suficientemente el gótico dando una modalidad a este estilo.

GUILLERMO TÉLLEZ

Don

Fernando Espejo

cesa como Subdirector

Por razones privadas, ha cesado en el cargo de Subdirector de «AYER y HOY», D. Fernando Espejo García. Durante cinco años llevó el peso de la revista en una labor abnegada, llena de aciertos, combinando y seleccionando sabiamente, con extraordinaria sensibilidad e inteligencia, los diversos dibujos, poesías, ensayos, artículos y crítica que iban llegando a sus manos. Supo imprimir a nuestra publicación una orientación de elevado rango artístico, muy difícil de superar en este género de revistas. Escritor terso, agudo y penetrante, de prosa elegante y sobria, ha enriquecido las páginas de «AYER y HOY» —especialmente en la época en que no fue Subdirector— con gran número de artículos, crítica y ensayos.

Espejo, retirado voluntariamente de esta actividad, será, no obstante, nuestro orientador y consejero en tan difícil tarea, y su pluma —según nos ha prometido—, volverá a enriquecer las páginas de nuestra revista.

Hasta la próxima Junta de Estilo se han encargado provisionalmente de «AYER y HOY», D. Jesús Santos Bajo, en las funciones de Subdirector y D. Sandalio de Castro, en la de Redactor-Jefe.

Lectura de "Pleito de Familia", por "LA CARRETA"

En el Auditorium de la Casa Sindical, y en reunión patrocinada por «ESTILO», la Agrupación de Teatro Clásico y de Vanguardia «LA CARRETA», nos ofreció, en lectura, «PLEITO DE FAMILIA», de Diego Fabbri.

«PLEITO DE FAMILIA», es una pieza ambiciosa, con pretensiones moralizadoras. Su argumento quiere ser moraleja —y lo es— para un mundo que vive demasiado aprisa, de forma inconsciente, cometiendo errores.

Importantísimas y de verdadero interés para los aficionados al buen teatro estas reuniones de «Nuevo Proscenio», porque, en ellas, unos jóvenes bien dispuestos y entregados totalmente al arte de Talía, nos ofrecen una muestra —excelente muestra— de sus inquietudes escénicas, sus posibilidades y buenos deseos.

Magníficas obras, autores escogidos, extraordinarios lectores-intérpretes y, en todos, un ansia muy loable de superación que nos hace augurarles mayores éxitos para el futuro.

AGRADECIMIENTO

Tanto la Sociedad «ESTILO» como la dirección y cuadro de intérpretes de «LA CARRETA», al finalizar la audición, mostraban su agradecimiento, no escatimando en elogios para el distinguido y culto auditorio que escuchó la lectura en silencio y con interés creciente.

También a la Delegación Provincial de Sindicatos, y muy especialmente a su Delegado, D. Antonio García-Bernalt, auténtico Mecenaz de los artistas toledanos, debe reconocido agradecimiento la Sociedad. Gracias a su gentileza de ceder el local, las audiciones pueden ser hoy una realidad.

LA LECTURA

Esta vez, la dirección ha cuidado más los detalles por lo que respecta a presentación y lectura. Tras la sintonía inicial, el ambientador Luis Alfredo Béjar, hizo un relato preciso y somero sobre la obra y sus personajes, dejando

a los espectadores en trance de comprender perfectamente el desarrollo de la obra.

En el reparto, excelente reparto, voces consagradas y voces nuevas: Francisco Vaquero, Covadonga F. Quevedo, Celestino del Pino, Josefina Molina, Juan Martín, Sagrario Benayas, Angel Rodríguez e Inés Alba que, a última hora, sustituyó a Ana María Pedraza, a quien causas ajenas a su voluntad y afición la impidieron tomar parte en la lectura.

Todos, absolutamente todos, sin distinciones ni altibajos, en una labor de equipo rayaron a gran altura.

LOS CRITERIOS

Como ya viene siendo costumbre en tales actos, finalizada la obra, hicieron uso de la palabra el Dr. D. Rafael Sancho de San Román, D.^a Elena Rodríguez y D. Daniel Riesco Alonso, representantes de la Psiquiatría, la Moral y el Derecho, quienes, con facilidad de palabra y buenos argumentos, expusieron sus puntos de vista. Tres criterios objetivos, precisos y exactos, que aumentaron los valores humanos de los personajes de Fabbri, un poco fríos y faltos de carácter, pero bien contruados.

Debe tenerse en cuenta que, los criterios, son clave en estas reuniones de «Nuevo Proscenio»; las obras elegidas buscan, precisamente, la controversia, la disparidad de juicios y el comentario para dar pie al coloquio —esta vez con acierto, reservado al final—, así los que intervengan en él tienen más base para formular sus preguntas.

Obvio es decir, que con las tres opiniones emitidas por personas sólidamente formadas, el auditorio sale con un claro concepto del significado y calificación de la obra, sobre todo en el aspecto moral, que es, naturalmente, donde más se centra el comentario.

Resumiendo: una gran afición puesta al servicio de una noble causa como es el teatro; y un público que, como en audiciones anteriores, respondió plenamente ocupando la totalidad de las localidades.

LUIS RODRÍGUEZ

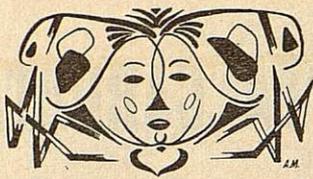


A continuación transcribimos el criterio del Dr. Sancho de San Román

Hemos visto —en impecable versión de «La Carreta»— un buen ejemplo de drama psicológico: obra densa, de ritmo vivo, fecunda en situaciones y eventos tan firmemente ensamblados que apenas deja al espectador un resquicio en que aliviar su forzado y tenso peregrinar en la aventura. Hemos de reconocer que Fabbri ha pulsado todos los resortes del clásico modelo griego, para lo que no ha dudado en ocasiones sacrificar la exactitud y el orden lógico, en aras de un final trágicamente aleccionador. En «Pleito de familia» vemos cómo —siquiera efímeramente— la dinámica vital de seis personas gira en torno a un niño —bastardo— constituido en eje inocente de un conflicto lo suficientemente revulsivo para su mundo espiritual que permitirá observar en ellos esas parcelas ocultas de la personalidad, ese nuestro otro «yo», que más o menos hábilmente camufla-

do por las funciones intelectuales superiores, nos acompaña inexorablemente mientras vivimos, presto a manifestarse ante una situación capaz de remover lo bastante nuestro mundo afectivo. Como ustedes han podido comprobar, son tres matrimonios que integran: los padres adoptivos del niño por un lado, y los progenitores reales, con sus respectivos cónyuges, por otro. Tratemos, pues, con los datos disponibles de definirlos brevísimamente y valorar sus reacciones a la luz de los conocimientos psicológicos; es por ello que advirtamos nos referimos siempre al mundo de las probabilidades, único en que los hombres podemos entenderlos, dictar leyes y extraer conclusiones; jamás al de las posibilidades ilimitadas, y, por ende, inaccesible. Pues bien, con este criterio, diremos que cuando menos, en principio, todos ellos parecen moverse dentro de los

límites siempre imprecisos y fluctuantes de la normalidad. El matrimonio Valenti lo constituyen dos muy interesantes tipos humanos: Eugenio, el profesor, nos es presentado como un hombre culto, inteligente y sensato, símbolo de la razón y el común sentido; calibra las situaciones en su medida justa y da siempre la nota conciliadora, ecuánime y comprensiva; víctima consciente de una larga infidelidad conyugal que soporta inalterable, recordemos será el único que correrá tras el chiquillo en su huída final. Se le tacha inicuaamente de pobreza afectiva e incapacidad de sentir, cuando se trata en realidad de uno de esos raros, excepcionales ejemplares humanos que han sustituido el cariño concreto por otro quizás menos violento, pero sí en cambio más amplio, repartido, permanente y útil, por la comunidad; sin duda alguna de más alta



calidad: tales maestros, sociólogos, científicos, reformadores políticos y religiosos de bueda fe. Su esposa, Marta, es el contrapunto: vehemente, explosiva, lo bastante inteligente para ser mordaz y de afectos concretos, unilaterales, egoístas; hipócrita, hasta el punto de hacer gala de puritanismo mientras mantiene un adulterio; secuaz inculta del psicoanálisis, tal vez le sirva para reconocer al final su complejo de mujer estéril y el burdo mecanismo de justificación, achacándolo a su marido para acabar odiándolo. Los Casidei son más vulgares: Víctor, temperamentalmente se aproxima a la señora Valenti —ello quizá le haga decir en ocasiones «es la señora quien me comprende»—, pero tal vez su menor inteligencia da a su perfil ciertos rasgos de sinceridad, de autenticidad; rudo, violento, encajan bien en su carácter esos celos rabiosos, ese furibundo puntillo de honor, tan hondamente vital, tan latino, que horroriza a los nórdicos y tan lejano; asimismo, a la estoica postura de Eugenio Valenti. Pero en Víctor, anotamos ya el primer trueque importante en el curso lógico de conducta de los personajes; contra lo previsible, perdona y olvida con facilidad, se apabulla con frecuencia y hasta nos resulta un idealista soñador que ve en Abel un primer discípulo a quien educar y formar en las doctrinas por él profesadas. A Nina la vemos como la típica muchacha casquivana, embustera, interesada, capaz de todo —incluso recluir a su único hijo en un Orfanato— con tal de encontrar alguien en quien asentar cómodamente su vida. Los emotivos recuerdos a un amor desgraciado —y sin embargo compartido—, sus avivamientos de última hora, las súbitas furias maternas, nos parecen bajísima calidad, suenan a farsa pura. Finalmente, tenemos al aristocrático matrimonio de los Raneiri, rezumando intrascendencia y esnobismo por los cuatro costados: Ricardo, el clásico seductor, irresponsable y caprichoso, que siempre se ha mostrado temeroso a las que él llama «consecuencias del amor», decide a la vista de su hijo —no un momento antes— ordenar seriamente su vida; giro, ciertamente extraño en verdad, máxime si tenemos en cuenta que Ricardo afirma haber tomado la deci-

sión no por un despertar súbito de sus sentimientos paternos, sino tras un frío análisis de las obligaciones y responsabilidades contraídas. La voluble Dioni, a quien divierten los devaneos de su marido, y que se ha negado durante varios años a tener hijos por causas que según ella no comprendemos los hombres, acepta de buena gana éste que le entregan ya —diríamos— «elaborado» —aunque por lo mismo ajeno y siente igualmente vibrar unos instintos maternos que hasta entonces no pareció tener. Resumiendo, diremos que de los seis personajes consideramos que cuatro actúan de forma *improbable* —no imposible, entiéndase bien—, al margen de sus lógicas proyecciones de existencia; otro de ellos, Marta, ante una situación de enorme carga afectiva, ve rotas y desbordadas sus inhibiciones y muestra al desnudo su intimidad; esta inesperada confesión puede sorprender por su contenido, pero es comprensible psicológicamente y encaja perfectamente en su trayectoria vital; un solo protagonista, el profesor Eugenio Valenti, mantendrá su dignidad y ponderación insobornable hasta el final, derrochando humanismo y trascendencia.

Pero, volvamos a fijarnos en ese niño caprichoso y consentido llamado Abel, que desde las primeras escenas actúa en la penumbra de este drama, cruelmente señalado por el destino para manejar tenazmente los hilos de este brutal juego de pasiones. Poco le vemos en escena: despierta sobresaltado, le gritan, le pegan, huye aterrado, se precipita por el hueco de un ascensor —que no conoce, puesto que subió dormido— y muere. Muy lejos nos llevaría reflexionar sobre la crianza en los Orfanatos, los hijos únicos y la educación familiar, pero el tiempo apremia y oiremos seguramente a continuación un criterio más autorizado y docto que el nuestro sobre el tema. Nos fijaremos únicamente, pues, en la muerte del pequeño que Fabbri, recargando hábilmente las tintas de la truculencia, apunta como un posible suicidio, refrenando por las supuestas «impulsiones suicidas» de Ricardo Ranieri, así como por sus «crisis de misticismo»; ignoramos si hubo o no intencionalidad por parte del autor, pero sí podemos asegurar que a la luz de la psiquiatría ortodoxa, esta concepción podría tener ciertos visos —sólo visos— de verosimilitud; existe, en efecto, una afección mental llamada Psicosis Maníaco-Depresiva, muy transmisible a la descendencia que puede evolucionar en forma de brotes o crisis de tristezas, mutismo, inactividad,

aislamiento y cierta tendencia suicida. Ahora bien, esta enfermedad suele aparecer en épocas posteriores de la vida, pasada ya la pubertad; además, el suicido concreto de Abel, caso de que existiera, nada tendría que ver ni fenomenológica ni patogénicamente con dicho proceso, y por si esto fuera poco, el suicidio infantil es rarísimo, prácticamente inexistente, y aun en los contados casos en que cupiera pensar en él, es difícil que esta hipótesis resistiera una crítica de cierto rigor. Por tanto, si nos viéramos obligados a peritar científicamente en un caso análogo, no dudáramos en catalogarla de muerte por accidente; el despertar sobresaltado de Abel y la subsiguiente conmoción afectiva, justifican plenamente una huída aterrada y confusa, en la que sólo a título de suceso ocasional, fortuito, sobreviene el accidente. Entiéndase bien, pues, que fenomenológicamente valoramos como esencial la que hemos dado en llamar «huída aterrada y confusa», y sólo accidental, secundario, sobreañadido el evento que le ocasiona la muerte, en el verdadero suicidio, como ustedes muy bien supondrán, lo esencial es la tendencia letal, al propio aniquilamiento, quedando las demás maniobras supeditadas a ese fin.

Pero, no censuremos a Fabbri; ha cubierto con holgura todas las etapas del drama: su fábula es lo bastante humana como para no dejar de interesarnos, la acción se desarrolla de forma progresivamente absorbente, la peripecia o cambio de fortuna final lleva al espectador a experimentar un sentimiento de temor y compasión o sus variantes, lo que constituye el máximo objetivo a que puede aspirar un dramaturgo. Y si además ustedes se han identificado con el problema central, si tratan de esclarecer por su cuenta la conducta de los personajes y sus consecuencias últimas, estarán a un paso de experimentar esa célebre *katarsis*, o purificación de los afectos desencadenados, recobrando con ello la serenidad y tranquilidad de espíritu; en una palabra, la auténtica *sofrosine* griega. Y, entonces, sí que podríamos decir que la obra ha tenido un final feliz.

RAFAEL SANCHO.



Monotonía

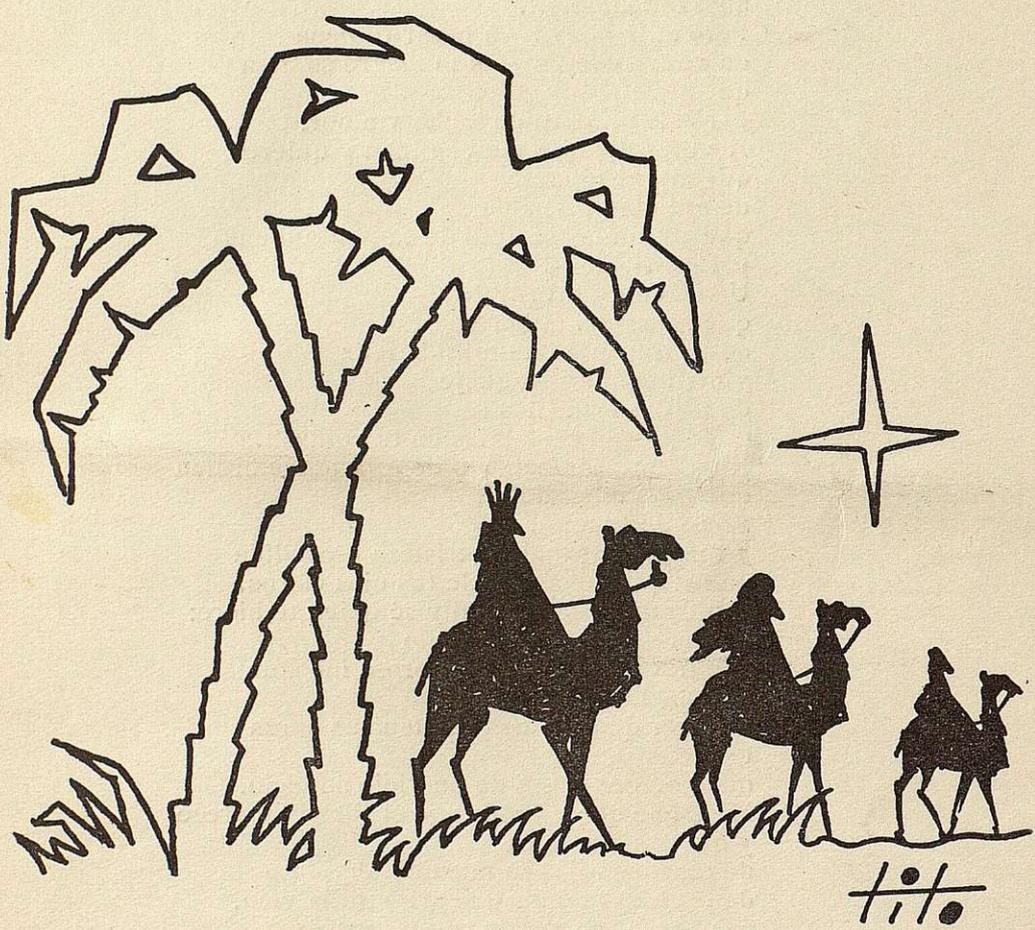
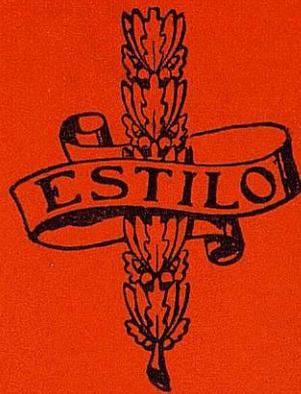
Mis libros se duermen juntando sus manos
sobre los estantes de un viejo escritorio.
Sus páginas guardan la luz que hoy protege
la ruta que juntos hemos de trazar...
y una luz discreta me mira abstraído
buscar en sus hojas la sabia que riegue
esta tierra fértil
donde está naciendo, joven nuestro hogar.

Tú estás a mi lado y en silencio miras
los niños que rien en torno de ti,
y tus manos vuelan ligeras y dulces:
son manos de ángel
que velan su miedo
y mágicas salvan
de mudos fantasmas
su cielo infantil.

Por entre las redes que tienen aislada mi imaginación
siento tu mirada buscar en mi alma
algo indefinible...
Pero al ir mis ojos a besar tu pena
de nuevo contemplan la alegre sonrisa
que alienta mis pasos
por este sendero de lucha y amor.
A veces tus ojos me engañan y quieren
que no me aperciba
de ese algo invisible
que en lo más secreto de tu pensamiento
parece flotar.
Una sombra leve
que se asoma al borde
de tu transparente mirada feliz,
y me habla un lenguaje
de alados ensueños
de inquietas nostalgias en tu corazón.
Nunca me has hablado de esta tenue bruma
que flota en el dulce
brillo de tu amor...
y refleja un sabor de tristeza escondida
en las quietas aguas de tus ojos claros.
Nunca me has hablado y sé quien te hiere:
te hiere esa espada sin filo
que lleva en su mano la prosa incolora
del plácido hogar;
y el ver que los días repiten sus horas
tan iguales siempre
que parecen gotas de un viejo suplicio.
Me duele que pienses que el sol se escurece
y que los plumajes
de tus alas rojas se mustian al viento
de las cosas tontas que arrastra la vida,
con sus eslabones de rutinas grises
y su desencanto
y su soledad.

Y yo sólo puedo
decir ¡no las mires!
Deja que resbale de tu pecho al suelo
tanta lluvia gris!

Y mira el aliento que tienen las cosas,
recibe el poema que nace en las quietas
horas del hogar,
y escucha mi verso que lleva en su prosa
halagos de amante,
sonrisas de niño,
joven la Esperanza
y eterno el Amor!



Asociación
de
Artistas
Toledanos